Tomo 9

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 1

San José, Costa Rica 1924 Lunes 8 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

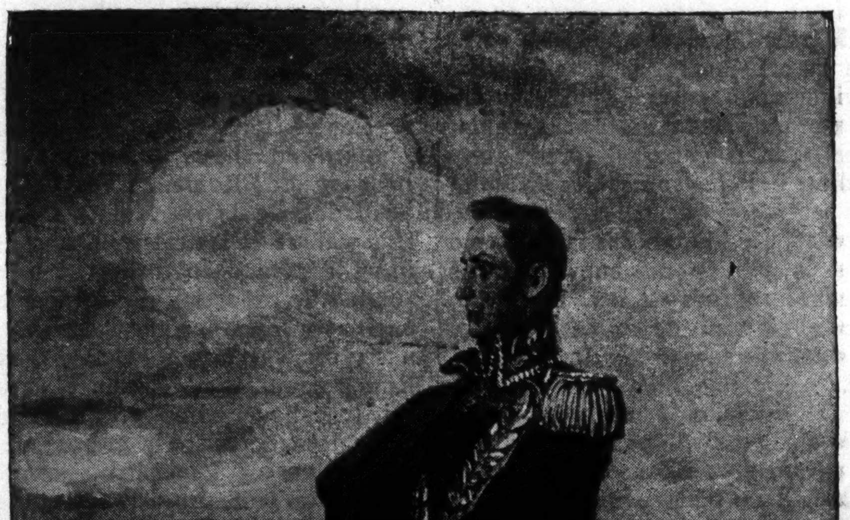
Entre las colinas en flor

Roma y Simón Bolívar

(De *Nuevo Diario*, Caracas).

Fué el estímulo, rudo y violento, como el de un latigazo, rezumante de la afirmación categórica de Alejandro de Humboldt, cuando éste aseguraba no conocer, entre los nacidos, al hombre capaz de realizar la independencia de la América española? ¿Fueron los grandes hechos, la fortuna y la gloria de Napoleón, último condottiero italiano del Renacimiento, según el concepto de Taine? ¿Fué el espectáculo sin par, evocador de los grandes ejemplos de Roma? ¿O fué más bien todo eso junto lo que fijó para siempre el sino maravilloso de Bolívar?

Cada una de esas circunstancias obró a su manera en el prodigio, pero sin duda fué Roma el estímulo determinante. No hay rincón, ciudad o paisaje, en toda la tierra, que acendren y espiren tanta sugestión, que estén tan cargados de espíritu y de destino humanos como el rincón, la ciudad y el paisaje de Roma. De aquel suelo sagrado en donde una cerca de otra, o una sobre otra, diversas culturas y religiones yacen definitivamente sepultadas y muertas, o a medio sepultar, cuando no rompen vivaces aún en plena florescencia de vida, emana tanta fuerza espiritual, que, si bien desconcierta primero y enseguida agobia y anonada a los pequeños y mediocres, exalta a los grandes como un vino viejo a las cimas de la inspiración, de la gloria y del triunfo.



SIMON BOLIVAR

(Cuadro de Daniel Hernández, *Lima, 1919).*

Lástima que, por insuficiencia de datos, y por ser, los pocos que existen, inseguros, no sea posible reconstituir, como fué una vez mi deseo, el itinerario de Bolívar en Italia. A fines de 1922, una revista milanesa publicaba, de autor italiano para mí desconocido, si bien a grandes rasgos pero citando nombres de ciudades y pueblos, el itinerario del Libertador. Desgraciadamente, cuando me disponía a escribir, preguntando al autor la fuente de sus datos, me encontré con que los nombres del autor y de la revista, por la especial coyuntura en que llegaron a mi conocimiento, se me habían ido de la memoria y la revista misma se me había extraviado en una de mis mal-

andanzas de viajero. Confieso ingenuamente lo capital e irredimible de mi pecado. Faltó cerca de este pecador un Manuel Segundo Sánchez que, con avaro celo, hubiese guardado aquella página en el arca de su devoción erudita. Recuerdo sólo que el viaje de Bolívar en el autor italiano termina en Velletri, cuando en realidad Bolívar siguió hasta Nápoles, donde en compañía de Humboldt y de Gay Lussac ascendió al Vesubio (1).

Cuán interesante no sería, ayudándose con un poco de adivinación poética, seguir a los dos Simones: a Simón Bolívar y a Simón Rodríguez, al discípulo y al maestro, al espíritu del uno aún en agraz y al espíritu del otro ya sazonado en la perfecta madurez, al predestinado adolescente que vé con ojos frescos y ávidos las cosas y al sabio que, siendo por su acervo de ciencia, uno como almacén o desván, es a la vez como perenne surtidor de ideas originales y vivas, empeñados en un diálogo pintoresco, interrumpido por graves y bellas meditaciones, a través del siempre nuevo y luminoso país de Italia. Así irían comunicándose el uno al otro impresiones y pensares, desde los pensamientos que suscitara en ellos la atmósfera caldeada de actualidad política de Milán, teatro de la segunda coronacion de Bonaparte; la agonía de Venecia, entregada al Austria por Napoleón, a pesar de sus venerables tradiciones de república aristocrática, reina del Adriático, a pesar de su arte medio oriental, medio occidental, exquisito y vigoroso, a pesar de su literatura y de su lengua, como una prenda venal mercada en cualquiera bazar de su Mercería; la fragancia del alma culta y señoril, recogida a meditar bajo los soportales de Bolonia; el arte florentino y el sonriente paisaje toscano, hecho de valles minúsculos, donde abrazada al olmo crece y cuaja sus racimos la vid, y de suaves alcores coronados de cipreses y como ungidos de luz, hasta penetrar por último, ya casi al término de su peregrinaje, dentro de la visión de la campiña romana y de la misma Roma, la Ciudad Eterna.

Ya en Roma, aunque los documentos no pequen en este punto de abundancia y riguridad, es más fácil dar con la huella de los dos peregrinos. Hospedados en uno de los dos o tres hoteles de la Plaza de España, en los que para esa época se alojaban los forasteros de calidad, visitó los salones del Embajador español y sobre todo el de Guillermo de Humboldt, Ministro de Prusia ante la Santa Sede. Aquí sin duda conoció a Thorwaldsen, a Canova, a Rauch y a otros artistas de renombre, alemanes e italianos que, para esos días, trabajaban en la Ciudad Eterna y hacían corte respetuosa y amable a la señora de Humboldt. Por los juicios que a ésta merecían los artistas y sus obras, y se pueden leer en su correspondencia publicada en Berlín en 1909 (2) se advierte que poseía conocimientos artísticos y gusto como ya los quisieran para sí algunos críticos de arte. No hay en la correspondencia de la señora de Humboldt ningún rastro de la estada de Bolívar en Roma. Sólo se encuentra en ella de algún interés para nosotros la referencia a una carta que desde Cumaná le escribiera su cuñado Alejandro de Humboldt, explicándole que se había quedado en Cumaná más tiempo del previsto, embebecido con la transparencia y la luz del cielo cumanés.

Pero, con un compañero de viaje como su maestro, no sería esa Roma social, a donde se llega por los salones diplomáticos, la que más frecuentara el futuro Libertador, sino la Roma histórica, la Roma del arte, del paisaje y de las ruinas. Aseguraba ser el Coliseo *la más bella de las ruinas* y lo contemplaba amenudo *con insaciable pasión*, cosa no extraña si se piensa que el Coliseo, aparte de ser la sobresaliente, era entonces la ruina casi única, y en que, desde el punto de mira de la política del Imperio, debía representar para él cuanto para la fe católica representa la cúpula de Miguel Angel. Del Coliseo al Capitolio, a lo largo del Foro romano, desde el Arco de Tito al Arco de Septimio Severo, los truncos y gloriosos esqueletos de las basílicas paganas que hoy se yerguen al sol se hallaban entonces cubiertos por un denso manto de tierra y de horruras en el que brotaba la hierba y pastaban los bueyes y los rebaños de búfalos y carneros de la campiña. De todas suertes, además del Coliseo, ruinas había en el Foro, en el Palatino, por dondequiera. Una escuela iconoclasta, el futurismo, puso en moda hace algunos años en Italia el denigrar de arqueólogos y de ruinas, apellidando de *passatistas* a los que por cualquiera circunstancia vuelven los ojos al pasado y lo invocan, en la ingenua creencia de que el culto al pasado nos impide avanzar al porvenir, como si del pasado, de las ruinas y de la misma muerte no estuviesen de contino brotando gérmenes de vida y de futuro tal como al despertar de la primavera, de los nidos fabricados entre los restos de columnas del Foro y en los escombros del Palatino suben al cielo de Roma el vuelo y el canto.

* *

Por virtud secreta de las mismas ruinas, quizás en el mundo nada hay que tenga el encanto sutilísimo de la primavera de Roma. A veces, mediado febrero, y a los dos lados de la vía Apia, en huertos que son columbarios y al ras de las catacumbas, tienden los almendros por igual la piedad de su flor quimérica y efímera sobre las tumbas de señores y de siervos; en los prados y bajo las encinas y los pinos-parasoles de la Villa Borghese—encinas y pinos que, con el ciprés, caracterizan el paisaje de Roma, como, también con el ciprés, caracterizan el paisaje toscano el olmo y la vid—abren sus ojos de candor las margaritas entre la grama; en los flancos palatinos, la retama, cara a Leorpardi, prende su oro vivo, casi tan puro como el de nuestros araguaneyes en flor; se enlaza la hiedra al fuste esbelto de las columnas intactas y calca con verde nuevo el aéreo encaje de mármol de los capiteles derruídos; en el ambiente embalsamado por el mirto y de entre las pilastras rendidas de los antiguos palacios de los Césares, asoman los iris y los pensamientos o violas; cuelgan sus festones de flor las glicinas lo mismo sobre las cancelas de villas y palacios modernos que sobre un fragmento en escombros de los muros de Belisario o sobre las tapias carcomidas y medios enterradas que están donde fueron los jardines de Salustio; las ruinas del Foro, del Palatino, de la vía Apia, las ruinas dispersas en la ciudad, todas las ruinas de Roma parecen reanimarse, palpitar y vivir en medio al germinar de la primavera; y así Roma toda, como una sola ruina gigantesca, después de ser augusto y severísimo panteón, después de cubrirse de flores como un inmenso altar, acaba por trocarse en cuna inmensa, llena con el sonreír y el balbucear primeros de la vida.

Encima de ese augusto panteón, sobre ese inmenso altar, dentro de esa cuna, floreció en un lejano y dorado crepúsculo de Roma, el espíritu de Simón Bolívar, Libertador de América.

* *

Fué en lo alto del Monte Sacro, el Anio a sus pies, y frente a la Ciudad Eterna tendida al Sur, donde Bolívar *juró libertar a su país o morir en la demanda*. Sobre eso, ante la autoridad irrecusable del protagonista y la de Simón Rodríguez, testigo de excepción del juramento, no debieran caber dudas. Tanto Bolívar como su maestro es-

(1) Hamy—*Lettres Americaines*—es citado por Mancini—*Bolívar et l'emancipation des colonies espagnoles*. Pág. 147.

(2) En *Gabriele von Bülow, geborene von Humboldt*.—Berlín, 1909.—Ernst Siegfried Mittler und Sohn.

cribieron siempre Monte Sacro [1] y Monte Sacro repitieron los cronistas e historiadoras más inmediatos y mejor documentados de la revolución colombiana, como Restrepo [2] y O'leary [3]. La confusión, al parecer, comienza en Larrazábal, quien en el mismo párrafo escribe Monte Sacro y Aventino, [4] considerándolos como una misma cosa, pero de tal suerte que, al describir la escena del juramento, la descripción se ajusta más bien al Monte Sacro, a cuyos pies corre el Anio, y de ninguna manera al Aventino, que del Anio queda a la distancia de algunos kilómetros. Después de nombrar el Aventino, Larrazábal escribe entre paréntesis *Sacrum Montem*, cosa imputable talvez a distracción de un copista, ya que es *Mons Sacer* el auténtico nombre latino del ilustre collado romano que recibió el juramento del Libertador de América. Igual confusión continúa en muchos de los que escribieron después de Larrazábal, entre ellos Mancini [5] y Gil Fortoul. [6].

El error se explica fácilmente por el hecho de haberse más de una vez calificado de sacro al Aventino, como teatro que fué de justas reivindicaciones populares; pero esa misma calificación la merecieron en general todas las colinas de Roma, como particularmente la mereció el monte capitolino y puede el mismo Palatino merecerla, según el afecto o la intención política de quien escribe o habla. Pero, aun suponiendo que se tratase de una misma colina y que las palabras de Monte Sagrado o Sacro no fueran sino designación metafórica del Aventino, Bolívar nunca se hubiera servido de la designación metafórica. Su maravilloso instinto del estilo, patente en sus discursos y proclamas y en numerosos pasajes de su correspondencia, se hubiera rebelado a escribir dos palabras en vez de una y aún más escribir dos palabras que unidas no suenan muy bien en vez de esta única palabra, por sus cuatro vocales tan ricamente eufónica: Aventino.

Asimismo la profusa parrafada retórica puesta a modo de preámbulo del juramento [7] en labios de Bolívar y que tiene el aire de haber sido invención de don Simón Rodríguez, es indigna del héroe y puede tacharse de apócrifa. A la verdad, es la retórica del tiempo, la retórica de la Revolución y de Volney, muy atiborrada de nombres griegos o romanos. Bolívar no podía sustraerse a ella y, en efecto, no se desdeñaba de acudir a su uso; pero atemperándola, cuando lo hacía, con la no aprendida sobriedad y mesura del escritor de raza y con aquel su instinto del estilo por el que, valiéndose de palabras triviales y comunes, troquelaba de cuando en cuando medallas eternas.

El Aventino se halla sensiblemente hoy como en 1805. Dos curvas y empinadas calles lo atraviesan, la de Santa Prisca y la de Santa Sabina, orladas, en toda su longitud, por tapias de huertos, conventos e iglesias que impiden admirar el paisaje de Roma. Y si desde la calle de Santa Prisca se admira hoy ese paisaje, es porque hoy se puede entrar a uno de aquellos huertos donde hay establecido un restaurante llamado el *Castello dei Cesari*, obligada estación de los viajeros de paso por la ciudad. Desde la galería de cristales del restaurante se divisan en parte el Palatino y el Celio: el prócero macizo de pinos de la Casina Farnese y la verde mancha de la Villa Mattei, en donde un tiempo ocultaron sus amores el Príncipe de la Paz y María Luisa.

El Aventino fué en la Roma primitiva o *Roma quadrata* el barrio popular o de la plebe. En cambio, el Monte Sacro o *Mons Sacer*, es el paraje distante de la ciudad a donde por primera vez hacia el año 259 ó 260 a. C. [8] la plebe, particularmente la del agro, después de no consentir en dejarse alistar para la guerra, se retiró, enojada de la rígida aplicación de las leyes contra los deudores. Reducida con halagos y promesas, años después, como no cumplieran sus promesas los patricios, ya con alguna organización y mejor preparada y apercibida a resistir, se retiró de nuevo al Monte Sacro. Privados así de cuantos ejercían los indispensables y más humildes oficios y menesteres de la república, se vieron los patricios en la necesidad forzosa de negociar, y a ese fin enviaron hábiles embajadores a la plebe. Entre ellos fué Menenio Agripa, quien con su elocuencia anatomofisiológica algo burda, entre bufa y seria, los persuadió a volver a la ciudad, terminando felizmente con un suceso que, por sus caracteres y origen, asume el significado de primera huelga de la Historia.

Recuérdese ahora cómo Simón Rodríguez, en punto de educación y de otras materias y disciplinas, fué un perfecto socialista *avant la lettre*. Después de decir que muchos socialistas han emitido ideas cuya prioridad pudiera vindicar don Simón Rodríguez, Amunátegui [9] lo define el primer socialista suramericano. Bastaría esto a sospechar por lo menos una secreta predilección o elección por la que el maestro del Libertador y su guía espiritual en la Ciudad Eterna enderezara deliberadamente al Monte Sacro los pasos del discípulo.

Sólo a título de documento curioso merece recordarse, al tratar de este asunto, el *Sketch of Bolivar in campaign*, [10] de un oficial de la Armada estadunidense. Después de visitar a Bolívar en su campamento de Huaraz en el Perú, aquel oficial, al escribir la narración de su viaje, atribuye al Libertador palabras que dan a la escena del juramento el marco insuperable del Palatino, a donde el Libertador ascendiera con Simón Rodríguez y otro compatriota. Palabras confiadas a la memoria, para ser transcritas después con más o menos fidelidad, tienen escaso valor, sobre todo confrontadas con el testimonio escrito y personal del protagonista.

* *

Pero aún cuando faltara, que no es el caso, la autoridad irrebatible del propio Libertador, y a causa de ello pudiera subsistir la duda, nada importaría que la escena del juramento pasara en el Monte Sacro o el Aventino, en el Palatino o el Capitolio, en el Viminal o en el Janículo, en el Celio o el Quirinal, en el Monte Mario o en el Pincio, porque todo eso es Roma y siempre quedaría intacta la significación del juramento.

Bolívar fué el único de nuestros libertadores de la América del Sur que recibiese inspiración romana, por ser aquel cuyo sino coincidía en un punto esencial con el sino de Roma. Una afinidad secreta y poderosa debía atraer hacia la ciudad que intentó y estuvo a punto de realizar la unidad del imperio y de la fe, al hombre que ideó e intentó realizar la unión de los pueblos de la América hispana. Y una mañana de primavera, como yo me

(1) Carta de Bolívar a Simón Rodríguez, fechada en Pativilca, enero 17 de 1824.

(2) *Historia de la Revolución de Colombia*, pág. 180. Edición de Besancón, 1853.

(3) O'leary.—*Memorias*.—Edición de Caracas, 1883, tomo I, pág. 22 y 23.

(4) Larrazábal.—*Vida del Libertador Simón Bolívar*. Tomo I, pág. 15. New York, Imprenta O. E. Jemkins, 1865.

(5) *Bolívar et l'emancipation des Colonies espagnoles*, página 151, Librairie Academique, Perrin & Cª, París, 1912.

(6) Gil Fortoul.—*Historia Constitucional de Venezuela*. Tomo I, pág. 206.

(7) *El libro del centenario*.—Bogotá, 1883, pág, 74, Manuel Uribe.

(8) Mommsen. —*Romische Geschicte*.—Edición de Berlín.—1874.—Tomo I.

(9) Amunátegui. —*Ensayos biográficos*. —Edición oficial de Santiago de Chile.—Tomo IV, pág. 228 y 237.

(10) Traducido con el título de *Cómo vivía Bolívar en campaña* y publicado en la *Lectura histórica semanal*, dirigida por Eloy G. González.

complazco en imaginar, o al final de una siesta del ferragosto, (1) como otros quieren, el ápice de luz del Monte Sacro presenció la conjunción del naciente genio de Bolívar con el viejo y siempre lozano y fecundo espíritu de Roma.

Otras colinas romanas puede haber, y las hay, más ricas en belleza y en memorias ilustres, pero ninguna como el Monte Sacro sintió una vez el peso de tanta predestinación, ni puede ostentar el milagro de una flor como esa de anticipado heroísmo. Hasta hace tres o cuatro años era un paraje deshabitado, melancólico y desnudo en donde viví los inolvidables crepúsculos de la campiña romana, mientras algunos hombres del pueblo, en francachela popular, conversaban y bebían el fuerte y áureo vino *dei Castelli*—Marino o Frascati—en la hostería próxima. Al pie del monte corre el Anio. Después de cantar con las voces de las fuentes innumerables de la Villa d'Este de Tivoli, se desliza bajo el arcaico joyel del Puente Nomeniano, divulgando el secreto de aquellos cipreses de la Villa, de ancianidad y majestad augustas, que, por la senectud y el abolengo, sólo pueden tener iguales entre los olivos de Mallorca. Tiéndese al sur la ciudad; a todos lados la campiña se dilata y ahonda en la luz de la tarde como la campiña de nuestras llanuras, mientras el sol cae y, al ponerse, dora los pinos-parasoles que preceden al vecino casal de los Pazzi.

Hoy, todo un barrio nuevo de Roma ocupa el Monte Sacro y la plaza que está en el centro del barrio lleva el nombre de Bolívar. Pronto, mañana tal vez, con su nombre, surgirá también su efigie esculpida en substancia imperecedera. Junto al maestro socarrón, intencionado y profundo, el artista lo representará todavía niño, apenas adolescente, los veinte años en flor, los ojos penetrantes y expresivos, colmados con la triple expresión de su genio heroico, de su genio poético y de su genio político, viendo más allá del Anio, más allá de la materna Roma sembrada de ruinas, aún incumplido e informe en el vientre misterioso del porvenir, su ideal de la América grande y una, como una grande y sola patria.

MANUEL DÍAZ-RODRÍGUEZ

Abril, 1924. San Juan de los Morros.

(1) Fiesta romana popular de mediados de agosto.

La Confederación Obrera Pan-americana

De «El Obrero Pan-americano» *(Pan-american Labor Press)*, periódico que se publicaba en San Antonio, Texas, editado por la «Alianza Americana en el Trabajo y la Democracia» (American Alliance for Labor and Democracy), tomo lo siguiente del número que corresponde al 4 de diciembre de 1918:

OBJETOS DE LA CONFEDERACIÓN OBRERA PAN AMERICNA

»Con motivo de la organización definitiva de la Confederación Obrera Pan-Americana, que se llevó a efecto en la Conferencia Obrera Internacional de Laredo, Texas, el día 16 de noviembre de 1918, el manifiesto expedido por el Comité Pro-Conferencias de la Confederación Obrera Pan-Americana a los trabajadores de la América Latina, con fecha 9 de febrero de 1917, viene a ser un asunto de suma importancia e interés. Las declaraciones más importantes del manifiesto son como sigue:

»......................................

»Como es bien sabido, los capitalistas de Norte América y de algunos países europeos, invierten millones y millones de pesos por toda la América Latina, adquiriendo, legal e ilegalmente, concesiones, propiedades y negocios, de los cuales disponen unos cuantos políticos y especuladores latino-americanos, sin tener en cuenta los derechos de las masas populares, de las colectividades, que por medio de tales transacciones ven comprometerse su porvenir por décadas y siglos.

»Si los patronos, si los capitalistas de toda la América, de ese modo se unen para el adelanto y protección de sus intereses comunes, nada más evidente que los asalariados de todos los países de este continente también deben unirse para su mutua defensa y mejoramiento.

«*La Federación Pan-americana de Trabajadores tendrá el deber de demostrar al mundo, que, por su mediación, es posible establecer en este hemisferio una institución humanitaria que represente de un modo más propio los sentimientos del pueblo norteamericano, que lo que lo hacen todas las corporaciones de los Estados Unidos, y que esté en firme contraste con los capitalistas de este país, cuya sola y eterna preocupación es el* «negocio», *el* «dollar».

»Sobre todas las cosas, y dadas las circunstancias especiales del actual momento histórico, bueno es advertir que *la Federación Pan-americana de Trabajadores, puede constituir un obstáculo insuperable para la entronización del militarismo en América, cualquiera que fuera la procedencia del mismo.*

»El pueblo trabajador debe empezar por obtener los beneficios que a continuación se expresan, y que constituyen el programa fraternal y solidario del trade-unionismo:

«Aumento de salarios.
»Disminución de las horas de trabajo.
»Condiciones de seguridad personal e higiene.
»Mejores viviendas.
»Prohibición del trabajo de los niños.
»Protección de la infancia.
»Legislación que procure y mantenga la igualdad de derechos:
»De asociación.
»De reunión.
»De expresión, verbal y escrita, del pensamiento.
»De conservar, individual y colectivamente, el supremo poder del Obrero: el derecho a la huelga.

«No es, de ningún modo, la creencia de este Comité que, en el reducido espacio de esta exposición, hayan podido abarcarse y preveerse todos los puntos que puede presentar la idea de constituir una Federación Pan-americana de Trabajadores. Pero, en último caso, para justificar nuestra decisión, nos parece suficiente que se sepa que *es nuestra finalidad el establecimiento de las más cordiales relaciones, a fin de cooperar en la protección y adelanto de los derechos e intereses del pueblo trabajador, y en el sostenimiento de la integridad de nuestros respectivos países*, de modo que pueda utilizarse un campo de acción más amplio, y que los pueblos y los gobiernos de América, puedan estrechar, cada día más, sus relaciones, en beneficio de todos».

Con ese fin, con esos propósitos se creó la Confederación Obrera Pan-americana. Asombra pensar que durante el tiempo que tiene de haberse fundado no haya desarrollado una propaganda más intensa en todos nuestros países para conseguir, en cada uno, la respectiva Federación nacional. Desde luego, en varios de nuestros países hemos tenido, de tiempo en tiempo, organizaciones que han tomado el nombre de Federación o de Confederación de

Obreros; pero no basta el nombre ni la existencia precaria de tales organizaciones; lo necesario es la organización misma; y esta organización, afiliada a la Pan-americana, tendrá en ella tanta fuerza como sea la de que disponga en su propio país. Es decir, una organización cualquiera que en su propio país, entre su propio elemento obrero, no sea fuerte, no lo será tampoco dentro del seno de la Pan-americana. A esto se debe que la Confederación Obrera Pan-americana no haya tomado el asunto de Nicaragua tan a pecho antes de ahora como hubiéramos querido los nicaragüenses, como esperábamos los que leímos el manifiesto que he citado arriba.

No ha faltado quien, descorazonado, haya perdido toda esperanza de obtener apoyo efectivo por medio de la Confederación Obrera Pan-americana. El fracaso de las repetidas gestiones que algunos de nuestros políticos han hecho para interesar al Comité Ejecutivo de la Confederación Obrera Pan-americana ha desilusionado a muchos. A este respecto tengo que explicar a los nicaragüenses cómo conseguí realizar lo que ya parecía imposible.

En 1921, en México, un grupo de los intelectuales jóvenes que trabajábamos en la Universidad Nacional, decidimos organizarnos para ofrecer nuestro contingente unido al Movimiento Laborista mexicano. Esta organización se llamó Grupo Solidario del Movimiento Obrero. Acababa de hacerse, por parte del Presidente Obregón, una invitación a la juventud centroamericana para que estudiara en México; sesenta becas se había ofrecido a la juventud de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. El Grupo Solidario pensó que parte de su labor debiera ser la de encauzar en la corriente de las ideas avanzadas a este elemento nuevo de Centro América. Así nació la idea de formar un Club Centroamericano.

Desgraciadamente estos jóvenes estudiantes no respondieron como se esperaba al llamado fraternal que les hacía el Grupo Solidario. Nuestra labor entonces la dirigimos hacia aquellos centroamericanos que llegaban, en grandes grupos, a trabajar en México, jóvenes no intelectuales, jóvenes obreros; y con el apoyo de la Confederación Regional Obrera Mexicana (la CROM) se organizó este Club. Con ese apoyo más que generoso esta organización ha prosperado y en ella tiene el emigrado centroamericano un punto de sostén en México, facilidad para conseguir empleo, ayuda en caso de necesidad y la seguridad de que sus derechos serán respetados. Durante la rebelión delahuertista, el Club Centroamericano dió todo su apoyo moral a la CROM, cumpliendo fielmente con la gratitud que le debía, correspondiendo a la confianza y al cariño que se le había otorgado espontáneamente desde un principio. Muchos centroamericanos se quejan de mala fortuna en México, de adversidad, hasta de haber sido víctimas de mala voluntad; ninguno de esos quejosos puede haber sido miembro del Club Centroamericano; para éstos México ha tratado de ser siempre una segunda patria sin exigir jamás deslealtad a Centro América, sino al contrario, exigiendo siempre sólo esa lealtad.

...Mientras tanto la situación política de varios países centroamericanos, notablemente Nicaragua y Honduras, venía desarrollándose de manera que nos parecía llegado el momento de hacer labor directa en Centro América. El apoyo leal y decidido de la Federación Americana del Trabajo a los hermanos de México nos daba la esperanza de obtenerlo igual para nuestros pueblos. Y con esto como luz que nos iluminaba el porvenir, contando con la experiencia de algunos de nosotros en los Estados Unidos y con nuestro conocimiento de ciertas influencias que, coordinadas, nos serían de gran fuerza, decidió el Club Centroamericano, de acuerdo con las agrupaciones afines a su causa, como la Liga Social Nicaragüense, de Nueva York, enviar una comisión con amplios poderes a los Estados Unidos. Al efecto, el 13 de abril, domingo de ramos, los comisionados, Narciso Aguilar, de Rivas, y yo, nos embarcamos en tercera clase en Veracruz y llegamos a Nueva York el 21 de ese mes.

Desde un principio la Confederación Regional Obrera Mexicana nos dió su mano de la manera más franca y generosa. Creo de justicia decir que la mayor parte del dinero con que salimos de México había sido contribuído por el pueblo mexicano, dado en momentos de angustiosa situación económica; por el pueblo, no el gobierno, todo por el cariño al pueblo centroamericano que sienten nuestros hermanos de tierra azteca. Más todavía que esa dádiva en dinero, nos fortalecía la ayuda moral de los directores del Laborismo mexicano. Sin esta ayuda moral, muchas de las puertas que en el desarrollo de nuestra misión se nos abrieron como por encanto, quizás estarían cerradas aún para nosotros. Gracias al apoyo que nos ha brindado la Confederación Regional Obrera Mexicana, la Federación Americana del Trabajo ha tenido confianza en nosotros y nos ha dado el suyo. Lo que vale este apoyo es cosa más allá de todo precio, de toda valuación. Básteme asegurar que el pueblo de Nicaragua, de ahora en adelante no está solo. Y que a él le incumbe decir cual ha de ser su destino: si ha de libertarse o continuar cediendo cada día más en sus derechos y en sus aspiraciones legítimas; si ha de coronar la justicia o seguir siendo explotado por el capitalismo patrio y el capitalismo extranjero, igualmente nefandos y sin conciencia; en suma, si para Nicaragua el programa de la Confederación Obrera Pan-americana con que he comenzado este artículo, y los esfuerzos del Club Centroamericano, han de seguir siendo letra muerta y esfuerzos malogrados, o una realidad efectiva y unos esfuerzos coronados por el éxito.

SALOMÓN DE LA SELVA

Junio, 1924.

Angel Guimerá

(De *El Sol*, Madrid)

Muere el patriarca de las letras catalanas y el duelo de Cataluña es duelo nacional. ¡Imposible contener el destino que en vida y en muerte hace de las altas personalidades locales, sea cual fuere el lugar en que viven y la lengua en que triunfen, glorias de todo un pueblo y orgullo de toda una nación! Ese destino, inclinado a unir, no a separar, hizo nacer a Guimerá en las islas Canarias, como a Galdós. Por azar de la suerte los dos españoles que llenaban con sus obras los escenarios de su patria habían venido de las islas Afortunadas. Y no ya por azar, sino por obra del espíritu que tiende siempre a extender sus dominios, el teatro de Guimerá obtuvo los mayores éxitos en lengua castellana, representado en castellano por un gran actor catalán: Enrique Borrás. Traspasó el mar, llegó hasta América el acento viril de Manelic en *Tierra baja* y tuvo de este modo una resonancia universal el genio del primer trágico de Cataluña.

El poeta Angel Guimerá

(Primera caricatura hecha por Bagaría).

La popularidad de Guimerá sólo puede compararse a la de Galdós. Desde *Mar y cielo* su nombre era familiar en España y producía una corriente simpática, de afecto, que no hubiera podido imaginar quien presenciara las efusiones nacionalistas en aquellos días hostiles en que el nombre del poeta servía como grito de guerra y sus obras como bandera de combate.

Tan cierto es que al desenvolverse la línea amplia de la Historia funde fuerzas, sucesos y valores que parecían antagónicos, y que, en el porvenir, la personalidad de Guimerá, y aun la del propio apóstol y definidor del catalanismo, Prat de la Riba, serán figuras necesarias en un capítulo íntimo de la vida de España. Hubo un momento en que muchos espíritus catalanes encontraron en Guimerá la voz elocuente y cálida que les faltaba. Habló la pasión en su famoso discurso de los Juegos Florales de 1889. Prat de la Riba, estudiando el que llama «proceso de la nacionalización catalana», dice que en aquel momento la bifurcación fue obra del odio. «La fuerza del amor a Cataluña, al chocar contra el obstáculo, llegó a trasformarse en odio, y dejándose de odas y de elegías a las cosas de la tierra, la musa catalana llegó hasta la amenaza».

La musa catalana habló entonces por boca de Angel Guimerá.

Pero el poeta catalán—y catalanista—era, además, «D. Angel Guimerá» para todos los públicos de las ciudades españolas, desde Barcelona hasta Málaga, desde Valencia a La Coruña. Había llegado a tener, más aún que mosén Cinto, y casi tanto como D. Benito, esa «bula» que el pueblo concede a sus hombres predilectos, considerándolos en cierto modo como hijos, al mismo tiempo que como patriarcas. Cada estreno del maestro catalán en teatros madrileños era nuevo y elocuente testimonio de la devoción del público.

Y esta demostración continuada de cariño no tiene solamente un valor afectivo. Demuestra también algo que para nosotros acaso no necesite ser demostrado, pero que en Barcelona no se ve tan claro como aquí, y es la identidad, la contemporaneidad de las distintas zonas espirituales españolas. Guimerá representa un momento de nuestro teatro, el mismo, exactamente, para Barcelona que para Madrid. Si hubiese, en realidad, diferencia de temperatura, *Tierra baja*, *María Rosa*, *Mar y Cielo* habrían tenido distinta acogida. En toda la nación y en cada una de sus regiones hay montaña y llano y tiene la misma poesía la figura shakesperiana de Manelic.

Para toda España es otra gran figura de una época ya pasada lo que desaparece. Van sustituyéndose nombres por nombres; otros poetas llegan con otros ritmos, y otras frentes son acreedoras a las mismas coronas, pero ¿volverá a haber «mestres en gay saber» como D. Angel Guimerá? ¿Volverá a enardecerse el público ante la palabra fogosa de un poeta en un discurso de juegos florales? ¿Resucitarán las glorias de la escena con triunfos tan populares como el de *Tierra baja*?

Lo popular se nos escapa. La literatura, en catalán y en castellano, ha perdido la sencillez de corazón y la claridad, la divina claridad de intelecto con que es preciso acercarse al eterno niño que es el pueblo. El secreto de Guimerá, ¿quién lo tiene hoy? ¿Quién lo tendrá mañana?

...Pero ya no se permite al individuo que deje de servir a su patria cuando ésta lo necesita. Los países latinos no toleran, y hacen perfectamente, a los «objetantes concienzudos». Tampoco se tolera el derecho a no ir a la escuela. Empieza a no tolerarse tampoco el derecho a ser sucio y propagar epidemias en el país. Tampoco se tolera la mendicidad. En la medida en que la inspección se hace practicable, se van haciendo obligatorias las virtudes del trabajo, de la higiene, de la educación y hasta de la independencia personal. Ahora se trata del derecho de propiedad. De una parte es innegablemente bueno. Sin la propiedad, ni se conservan, ni se utilizan las oportunidades naturales. De otra parte, es malo, El derecho a dejar de usar la propiedad es causa de pobreza, de emigración y de miseria innecesaria. ¿Por qué no ha de declararse que la propiedad es sólo sagrada cuando se utiliza? Mucho más fácil es sentenciar sobre si una propiedad se utiliza, que valorarla sin las mejoras. Si no hay fuerza política bastante para imponerse a la propiedad y condicionarla. tampoco la habrá para implantar las reformas que se proponen el mismo objeto por vías indirectas. Y si llegase a haber fuerza política, lo mejor sería hacer las cosas a derechas, aunque no fuera más que para que las gentes se enterasen de lo que se busca con las leyes.

Ramiro de Maeztu

Algo más sobre Valle-Inclán [1]

(Comunicación de Alfonso Reyes).

El semanario *España*, (año X, nº 412) publica los siguientes fragmentos de una carta de don Ramón del Valle-Inclán, escrita en Galicia:

«Hace días pensaba escribirle y agradecerle su artículo. El wagnerianismo que Ud. señala es indudable. *Voces de Gesta* es un libreto wagneriano. Pero en la *Comedia Bárbara* todavía hay la influencia de otro antipático tudesco: el Durero. Las estampas de la coronación de Maximiliano; todas las figuras quietas en un movimiento barroco y estilizado; la función decorativa de los caballos... En la *Comedia Bárbara* todo el movimiento es a caballo. El caballo hace al caballero, y con él desaparece del campo.

»He querido renovar lo que tiene de galaico la leyenda de don Juan, que yo divido en tres tiempos: impiedad, matonería y mujeres. Este de las mujeres es el último, el sevillano, la nostalgia del moro sin harén. El matón picajoso es el extremeño, gallego de frontera. El impío es el gallego, el originario, como explicaba nuestro caro Said-Armesto. El Convidado de Piedra es, por sólo ser bulto de piedra, gallego. Aquí la impiedad es la impiedad gallega: no niega ningún dogma, no descree de Dios: es irreverente con los muertos. La religiosidad gallega es el misterio y poder sobre los vivos de las ánimas: la procesión de los muertos. Fatalmente, la irreligiosidad es el desacato a los difuntos. Estas ideas me guiaron con mayor conciencia al dar remate a *Cara de Plata*. Es un juego con la muerte, un disparar pistolones, un revolverse airado de unos a otros, una mojiganga de entregar el alma que hace el sacristán... Pero, a fuerza de hacer el fantasma, se acaba siéndolo. A fuerza de descreer de la muerte, de provocarla y de fingirla, la muerte llega. Y comienza *Romance de Lobos*. La muerte llega con sus luces, con sus agüeros, con sus naufragios y orfandades, con sus castigos y arrepentimientos. Este fondo del primer Don Juan—Don Galán en el romance viejo—es lo perseguido con mayor empeño, porque lo tengo por la última decantación del alma gallega.

«Hace usted una observación muy justa cuando señala el funambulismo de la acción, que tiene algo de tramoya de sueño, por donde las larvas pueden dialogar con los vivos. Cierto. A este efecto contribuye lo que pudiéramos llamar angostura del tiempo. Un efecto parecido al del Greco, por la angostura del espacio. Velázquez está todo lleno de espacio. Las figuras pueden cambiar de actitud, esparcirse y hacer lugar a otras forasteras. Pero, en el *Enterramiento*, sólo el Greco pudo meterlas en tan angosto espacio; y, si se desbaratan, hará falta un matemático bizantino para rehacer el problema. Esta angostura de espacio es angostura de tiempo en las *Comedias*. Las escenas queparecen arbitrariamente colocadas son las consecuentes en la cronología de los hechos. *Cara de Plata* comienza con el alba y acaba a la media noche. Las otras partes se suceden también sin intervalo. Ahora, en algo que estoy escribiendo, esta idea de llenar el tiempo como llenaba el Greco el espacio, totalmente, me preocupa. Algún ruso sabía de esto».

Valle-Inclán

(Visto por Rodríguez Ruiz).

Valle-Inclán, como tiene mucho, mucho da, y sabe que nada pierde con que la critica investigue las fuentes y los pretextos de sus inspiraciones. Gran crítico de su propia obra, sus conversaciones—como otra vez he dicho—dan la mejor base para juzgarlo. La carta anterior es un ejemplo de la claridad con que aprecia sus libros. A fines de diciembre de 1923, me escribe, desde la Puebla del Caramiñal, estas líneas que me considero obligado a no reservar para mí mismo:

«Pues Ud. es curioso de saber las influencias literarias y desentrañar su importancia en los escritores vivos, he de contarle las que yo creo más fuertes en mi hora de juventud. Esa influencia, que usted apunta, de un portugués cuya obra desconozco totalmente, bien pudiera ser la influencia de un incógnito tercero en el portugués y en mí. (Refiérese a Teixeira de Queiroz). En cambio, pocos han visto la influencia de Chateaubriand en las «Memoias del Marqués de Bradomín» *(Sonata de Invierno)*. La visita que el Marqués hace a los reyes, está hecha recordando voluntariamente la que el romántico Vizconde hizo a Carlos X en el destierro *(Memorias de Ultratumba)*. Pero advierto que me aparto del ánimo primero que me movía a escribirle»...

---

(1) Continúan aquí las notas publicadas en la 4ª serie de Simpatías y Diferencias, *Los Dos Caminos*, páginas 73 a 91, y, especialmente,—en la pág. 82—*Las fuentes de Valle-Inclán.*

Cuando una autoridad presidencial liga su suerte a la de un partido, sabe perfectamente lo que arriesga.

Ninguna superstición más peligrosa que la de creer que la dinamia política de un país ha de supeditarse a la materialidad de vínculo autoritario; hay en eso un resto de la antigua fe en el derecho divino. La autoridad deja de serlo en cuanto flaquea el origen de su poder; en cuanto deja de ser «autor»; en cuanto se interrumpe su unión con el pueblo cuyo poder ejerce. No hay poder público que tenga derecho a su magistratura si ha perdido la condición ineludible de su ejercicio; esto es, la eficacia para la cual fué elegido: el ordenamiento de la libertad, la interpretación de la voluntad pública. No es el pueblo quien ha de sacrificar su volición al exceso de poder de un funcionario. Es el funcionario quien debe distinguir entre sus derechos oficiales y sus derechos de ciudadano. El pueblo es la sustantividad, la permanencia. La autoridad es adjetiva, temporal. No es la autoridad quien ha de justificar al pueblo; es el pueblo quien debe justificar o residenciar a su autoridad.

Gabriel Alomar

Los pueblos maláricos

(De *El Sol*, Madrid.)

...En el *New Stateman* de Londres, encontramos un artículo titulado *Malaria e historia*, en que se llama la atención acerca de la enorme influencia que ha tenido la malaria en la decadencia de pueblos que fueron grandes antes de padecer la plaga. Uno de los pueblos que se cita es España. ¿Estaremos a punto de que se escriba una interpretación médica de la historia? Hoy no cabe duda de que los pueblos pueden dividirse en maláricos y no maláricos, y que estos últimos se caracterizan por su mayor vitalidad en todos sentidos, el cultural como el guerrero, en tanto que los pueblos maláricos parecen afligidos todos ellos de atónica tristeza.

Un biólogo, sir Arthur Sipley, mantiene con argumentos poderosos que la verdadera causa de la decadencia de Grecia en el siglo V (A. J.), fué la introducción de la malaria en aquella época. El mosquito *anopheles* ya estaba allí, problablemente; pero era inofensivo, a falta del parásito. Bastó medio siglo para que el microbio se apoderase del país y minase su civilización. Otro tanto ocurrió más tarde en la Roma Imperial.

Es probable que una de las causas de la disolución del pueblo ruso, no decimos ya meramente el Imperio, sino el pueblo, que se está efectuando ante nuestras miradas, haya de encontrarse en la malaria. La malaria maligna ha penetrado en el Sur de Rusia hace algunos años, y desde 1918 la población de Rusia ha disminuido en unos 18 a 20 millones y el área cultivada se ha visto reducida en un 50 por 100. Rusia está padeciendo actualmente la misma degeneración física que se mostró en la decadencia de Egipto, Babilonia y Grecia, con la agravante de que en otros tiempos no existían procedimientos para acabar con la malaria, mientras que ahora pueden acabar con ella todos los pueblos que se lo propongan, acabando con los mosquitos, y curando a los enfermos con quinina.

Toda el Asia, como toda el Africa y buena parte de América es víctima de la malaria. No hay en el Asia más que una excepción: el Japón, cuyos médicos y Gobernantes se concertaron hace tiempo para acabar, como han acabado, con la malaria. El heroísmo militar de los japoneses, la fiereza de su patriotismo sus éxitos científicos e industriales, contrastan con la apatía de la gigantesca pero estacionaria China, en la que las revoluciones no consiguen más que cambiar la postura del enfermo. China padece permanentemente de severa epidemia malárica.

Está claro que una interpretación médica de la historia no es más convincente que una económica o religiosa o militar o política. Todas son verdaderas y todas son parciales. Pero no cabe duda de que también España se puede dividir en dos partes: la España malárica y la España no malárica y que esta última se caracteriza por su mayor vitalidad.

No sabemos qué tiempo costará a nuestros higienistas despertar la atención pública hacia el problema. Recientemente se advierten signos de que el público atiende estas cuestiones, y por nuestra parte, hubiéramos preferido que se llamase la atención general hacia problemas que, como este de la malaria, no admiten controversia, que no hacia otros, que, como los relacionados con la vida sexual, se hallan aún en la región de las disputas.

Podrá ser o no cierto que la malaria ha sido el factor decisivo en la decadencia de algunos pueblos, pero es indiscutible que se trata de una plaga funesta, cuya desaparición merecería un sacrificio nacional.

Modernismo sano

Las Categorías literarias, *por Roberto Brenes Mesén. San José, Costa Rica. J. García Monge, editor. 1923.*

(Del *New York Evening Post*)

El señor don Roberto Brenes Mesén es costarricense por nacimiento, cosmopolita por temperamento y disciplina y profesor en la Universidad de Syracuse. Su vida, aunque gobernada por regulaciones metódicas, mantiene una peculiar independencia de actitudes. Su modernismo, sin embargo, no es mera e insulsa impaciencia con lo pasado; él va por entre lo clásicos y lo modernos como el que transita senderos familiares, y por esa misma circunstancia sabe cuán viejo es mucho de lo que nosotros llamamos contemporáneo. Entre los principales pensadores hispano-americanos de hoy día, él mora aparte, libremente, excento de retórica ampulosa; su simplicidad directa y concisa no tiene el embarazo de las frases rebuscadas y representa un estetismo sustancial que está muy lejos de ser la común y artificiosa literatura dei esteta. Su libro más reciente es el preludio de una gran obra que promete ser de mucha importancia para la Crítica española en días posteriores.

Categorías Literarias es una franca y razonada revolución contra la estrecha crítica de escuela. Desde Aristóteles y Horacio, hasta el Renacimiento y luego hasta nuestros días, él traza el curso de los llamados *genres* y dice cómo es de pernicioso el papel que en la Crítica han jugado la lógica y el análisis gramatical. Eso indica lo que hay de sobreviviente en los espíritus emancipados de de las viejas escuelas y de sus errores. En cuanto a la parte positiva él levanta y sostiene la autonomía del artista y de su obra. «Así como nunca nos bañamos dos veces en el mismo río, como Heráclito dijo, así nosotros nunca repetimos la lectura de un mismo libro, ni la recitación del mismo poema, ni aun la misma palabra. Todas las cosas son siempre nuevas, todas las cosas son nuevas bajo el sol». Cualquier definición o clasificación es mirada como un velo que empaña la verdad artística; los clasificadores son partículas flotantes de las ruinas de Aristóteles y su filosofía.

Así nosotros creemos que el señor Brenes Mesén no se paga de la distinción común entre poesía y prosa. El no solamente cita a Coleridge y Wordsworth en sus afirmaciones, sino que encuentra poesía en Fabre y Burbank. A pesar de que Darwin deplora su propia carencia de apreciación poética, su libro de viajes, dice el crítico costarricense, contiene pasajes de una pura y elevada poesía, lo cual ocurre también aquí y allá en sus otros libros, como por ejemplo en sus memorias sobre la formación de los arrecifes de coral. *Las Categorías Literarias* parecen mostrar inmediata descendencia de Croce (Italia) y de Spingarn (Estados Unidos); sin embargo, el autor cita un número de españoles que culmina en el renombrado Menéndez y Pelayo, quien ha alcanzado semejantes conclusiones independientemente.

ISAAC GOLDBERG

(*Trad. de* Emilia Prieto).

Errata

En el poema *Canción de Juventud*, REPERTORIO AMERICANO último, en la estrofa siete, el verso primero debe leerse: *Romeros, romeros, de todo camino*.

LA EDAD DE ORO

42.—El jaguar.

Las riberas frondosas de los grandes ríos parecen ser las guaridas favoritas del jaguar; pero al sur del Plata se me dijo que frecuentaba los cañaverales de los bordes de los lagos. Juzgando por estos hechos, diríase que la fiera necesita agua; pero sin duda la afición a esos sitios proviene de hallar en ellos los animales que le sirven de alimento. Su presa más común es el *Capybara;* de modo que al decir de la gente, donde abunden los *Capybaras* no hay que temer al jaguar. Falconer afirma que cerca de la parte meridional de la desembocadura del Plata hay muchos jaguares, y que éstos se alimentan principalmente de peces, y así lo he oído repetir. En el Paraná han matado a numerosos leñadores, y hasta asaltado los barcos por la noche. Un hombre que ahora vive en Bajada, subiendo de allí en una embarcación por la noche, se vió de pronto en las garras de un jaguar que había saltado al puente, y aunque escapó con vida, perdió para siempre el uso de un brazo. Cuando las avenidas arrojan de las islas a estos animales, son peligrosísimos. Me contaron que pocos años antes un jaguar enorme había penetrado en una iglesia de Santa Fe; dos Padres que entraron, uno tras otro, fueron muertos por la fiera, y un tercero que acudió a enterarse escapó con dificultad. Se mató a este jaguar a balazos, desde un ángulo del edificio, que no tenía tejado. En esas épocas causa también grandes estragos en el ganado vacuno y caballar. Dicen que mata las presas desnucándolas. Si se los ahuyenta de los cadáveres de sus víctimas, rara vez vuelven a buscarlos. Refieren los gauchos que cuando el jaguar merodea por la noche se ve acosado por los zorros, que le siguen aullando. Es curiosa la coincidencia de este hecho con lo que se afirma generalmente de los chacales, que acompañan con análoga oficiosidad al tigre de la India. El jaguar ruge con frecuencia insistente durante la noche, y en especial en vísperas de mal tiempo.

Un día, cazando en las riberas del Uruguay, me enseñaron ciertos árboles a que acuden constantemente estos animales, según se dice, para afilarse las uñas. Vi tres árboles muy comunes; enfrente la corteza estaba desgastada y lisa, como si el animal hubiera frotado el pecho contra ella, y en cada lado había profundas arañaduras, o más bien surcos, que se extendían en línea oblicua cerca de un metro. Dichas señales pertenecían a diferentes épocas. Un medio ordinario de asegurarse de si hay en las inmediaciones algún jaguar consiste en examinar estos árboles. Supongo que este hábito del jaguar es exactamente semejante al que diariamente puede observarse en el gato común cuando, con las patas delanteras tensas y las uñas estiradas, araña las patas de las sillas; y tengo noticia de que los frutales tiernos de un huerto en Inglaterra quedaron medio estropeados por los arañazos de un gato. Un hábito parecido debe de tener también el puma, porque en el terreno duro y sin vegetación de Patagonia he visto a menudo arañazos tan hondos que no podían atribuirse a ningún otro animal. El objeto de tal práctica es, a lo que creo, hacer desaparecer las asperezas de las garras, y no afilarlas como creen los gauchos. Al jaguar se le mata sin gran dificultad con ayuda de perros que le acorralen y le obliguen a encaramarse al tronco de un árbol, donde se le despacha a balazos.

C. Darwin

(Viaje de un naturalista alrededor del mundo: De Buenos Aires a Santa Fe).

43.—Sueño de Cádiz

Cádiz está mirando al mar.
Sobre éste
derrama el sol poniente barcas de oro
que se van cabrilleando hacia el oeste,
como en los días coloniales idos
zarpaban las armadas de galeones
en busca de las Indias y el Gran Preste.

La tarde es vela en los galeones vanos
y hacia las Indias orzará con ellos.

Orbe de plata en sus serenas manos
trae la Noche a la marmórea Cádiz:
los blancos miradores están bellos:
se ha puesto en guardia la muralla entera,
y hacia el Silencio se levanta austera
la Torre del Vigía.

Cádiz duerme,
y es su sueño de augurio todavía:

Cádiz mira venir la Grande Armada
conduciendo, a sus mástiles atada
con cabos regios la imperial victoria.
Arde incendio de gloria en la bahía.

Detrás, en infinitos escuadrones,
sobrecargados de oro, los galeones
historiados de triunfos de conquista,
con sus dos mil corsarios prisioneros,
van altivos entrando en la bahía.
Cádiz no les abarca con la vista.

Después escucha en su sueño las anclas
de oro en el fondo sonoro del mar.
Cádiz la blanca despierta a su estruendo.

Está nadando en las aguas del Día;
tinto está el mar de un color de esperanza:
algo de Indias las olas murmuran;
todas las conchas marinas auguran
un regresar de otras Indias de España.

R. Brenes Mesén.

Abril, 1922.

44.—Petrona Revolorio

...Adela, sí, había trabado amistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casa de la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte del día, platicando de las costumbres de aquella gente con la resuelta Petrona Revolorio: «y no crea la señorita que le converso por servicio, sino porque le he cobrado afición». Era mujer robusta y de muy buen andar, aun-

que esto lo hacía sobre unos pies tan pequeños que no había modo de que Petrona llegara a ver a «sus niños» sin que le pidieran que los enseñase, lo cual ella hacía como quien no lo quiere hacer, sobre todo cuando estaba delante el niño Pedro. Las manos corrían parejas con los pies, tanto que algunas veces las niñas se las pedían y acariciaban; llevaba una simple saya de listado, y un camisolín de muselina trasparente, que le ceñía los hombros y le dejaba desnudos los hermosos brazos y la alta garganta. Era el rostro de facciones graciosas y menudas, de tal modo que la boca, media abierta en el centro y recogida en dos hoyuelos a los lados, no era en todo más grande que sus ojos. La naricilla, corta y un tanto redonda y vuelta en el extremo, era una picardía. Tenía la frente estrecha, y de ella hacia atrás, en dos bandas no muy lisas, el cabello negro, que en dos trenzas copiosas, veteadas de una cinta roja, llevaba recogidas en cerquillo, como una corona, sobre lo alto de la cabeza. Un chal de listado tenía siempre puesto y caído sobre un hombro; y no había quien, cuando remataba una frase que le parecía intencionada, se echase por la espalda con más brío el chal de listado. Luego echaba a correr, riendo y hablando en una jerga que quería ser muy culta y ciudadana; y se iba a preparar a la niña Ana, lo cual hacía muy bien, unos tamales de dulce de coco y un chocolatillo claro, que era lo que con más gusto tomaba, por lo limpio y lo nuevo, nuestra linda enferma. Y mientras Ana los gustaba, Petrona Revolorio, con el chal cruzado, se sentaba a sus piés «no por servicio, sino porque le había cobrado afición», y le hacía cuentos.

¿El alba, sin que Petrona Revolorio estuviese a la puerta del cuarto de la niña Ana con su cesta de flores, que ella misma quería ponerle en el vaso y ver con sus propios ojos, cómo seguía la niña?—«¡Mi niñita: mírenla qué galana está hoy: si le voy a decir al niño Pedro que nos dé un baile de convite a las señoras, y vamos a sacarla a bailar con el niño Pedro! ¡Y él sí que es galán también, el niño Pedro!—Mire mi niñita: no le traigo de esos jazminotes blancos, porque los de acá huelen muy fuerte; pero aquí le pongo, en este vaso azul, esos jazmines de San Juan, que acá se dan todo el año y huelen muy bien de noche. Conque, mi niñita, prepárese para el baile, y que le voy a prestar un chal de seda encarnada que yo tengo, que me la va a poner más linda que la misma niña Sol. ¡Cómo está que se muere el niño Pedro por la niña Sol! Pero yo no sé qué tiene la niña Adela, que está como aburrida.—¿Quiere mi niñita los tamales hoy de coco, o de carnecita fresca? Ayer maté un cochito, que está de los más blando: era el cochito rosado, y la carne está como merengue. ¡Jesús, mi niñita, no me diga eso! Si yo me muero por servirla: mire que yo soy como las tacitas de coco, que dicen en letras muy guapas: «yo sirvo a mi dueña». Voy a poner la puerta de mi casa llena de tiestos de flores, y a alquilar a los músicos, el día que mi niñita vaya a verme. ¡Y eso que yo no se lo hago a nadie: «porque no lo hago por servicio, sino porque le he cobrado mucha afición!»

JOSÉ MARTÍ

(Amistad funesta).

45.—Fábulas y cuentos en verso

LA CANGREJA CONSEJERA

—Anda siempre derecha,
querida hijita
—mamá Cangreja díjole
a Cangrejita—;
para ser buena
obedece a tu madre
cuanto te ordena.
—Madre—responde aquélla—,
voy a seguirte,
no quiero en ningún caso
contradecirte,
ve tú delante,
que dándome el ejemplo,
lo haré al instante.

RAFAEL POMBO

LOS TRES QUEJOSOS

—¡Qué mal—gritó la mona—
que estoy sin rabo!
—¡Qué mal estoy sin astas!
—repuso el asno—.
Y dijo el topo:
—Más debo yo quejarme,
que estoy sin ojos.
No reniegues, Camilo,
de tu fortuna;
que otros podrán dolerse
más de la suya.
Si se repara,
nadie en el mundo tiene
dicha colmada.

J. E. HARTZENBUSCH

RESPUESTA DE PERO GRULLO

De frailes acompañado
pasaba un entierro un día,
y uno, a quien le parecía
el entierro autorizado,
a un fraile con inquietud
—¿Quién ha muerto?—preguntó—,
y el fraile le respondió:
—El que va en el ataúd.

AGUSTÍN MORETO

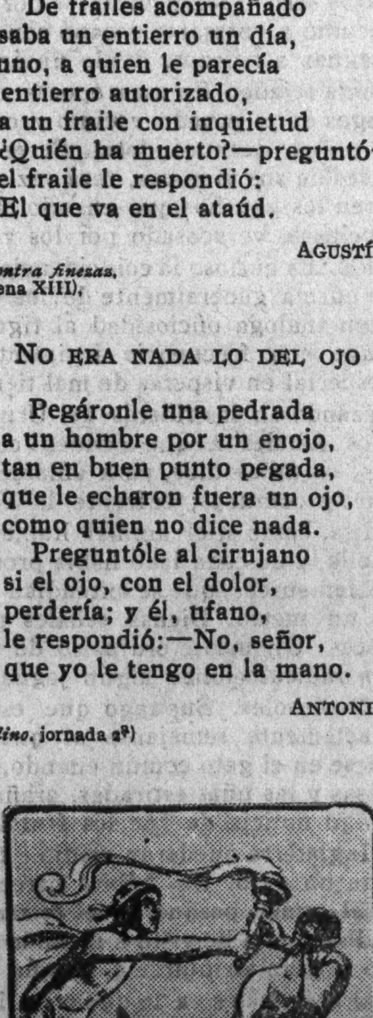
(Industrias contra finezas, jornada 2ª, escena XIII).

NO ERA NADA LO DEL OJO

Pegáronle una pedrada
a un hombre por un enojo,
tan en buen punto pegada,
que le echaron fuera un ojo,
como quien no dice nada.
Preguntóle al cirujano
si el ojo, con el dolor,
perdería; y él, ufano,
le respondió:—No, señor,
que yo le tengo en la mano.

ANTONIO DE SOLÍS

(El doctor Carlino, jornada 2ª)



Guillermo Valencia íntimo

(De *Cromos*. Bogotá.)

DENTRO de algunos días, llegará a Bogotá el más eximio de nuestros poetas actuales: Guillermo Valencia. Y con esa ocasión, un grupo de amigos y devotos entusiastas del maestro payanés le prepara una jubilosa acogida en esta ciudad intelectual y hospitalaria que supo adivinar al grande artista cuando era todavía un desconocido y que ciñó luego sus sienes con los primeros lauros apolíneos.

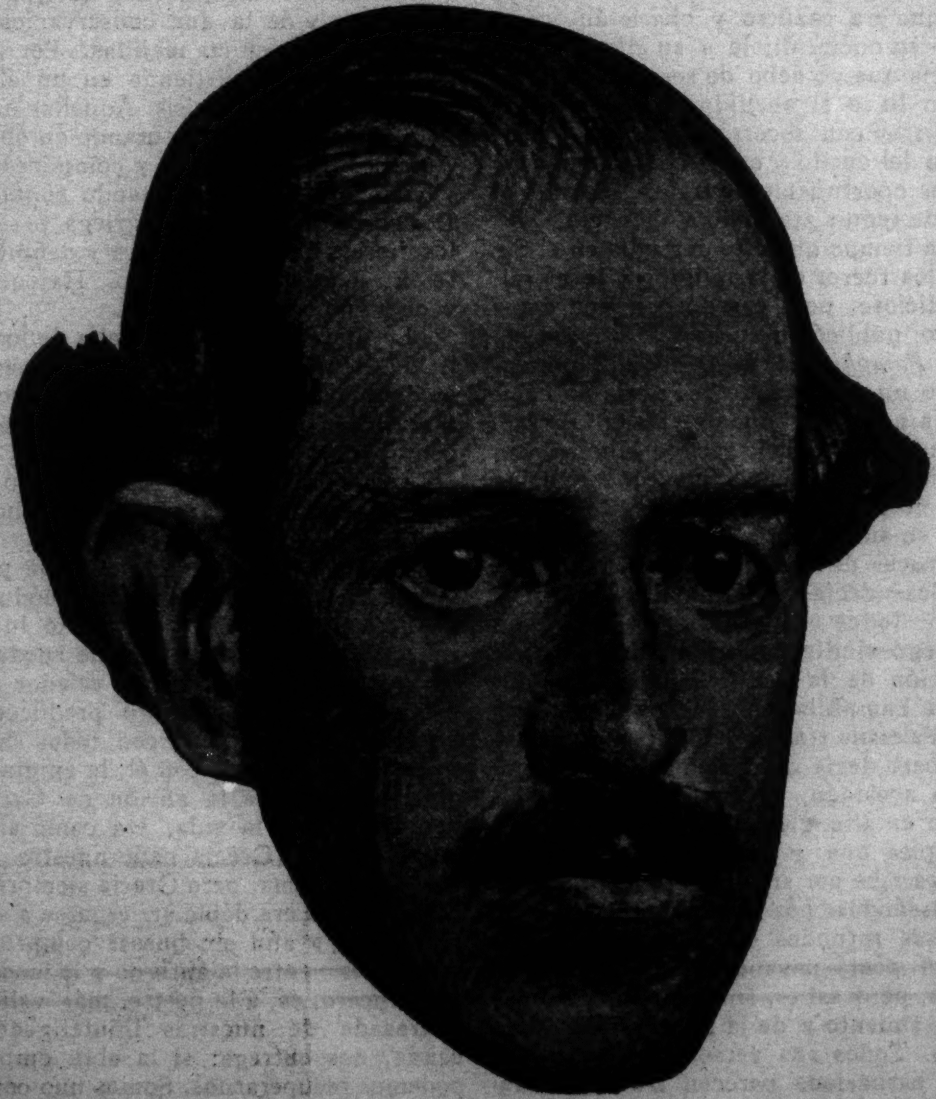
Es ésta, pues, una ocasión propicia para decir cuatro palabras acerca de Valencia. No me referiré al artista. Lo que representa su magnífica obra poética dentro de las letras hispano-americas, lo que significa su aporte en el gran movimiento de renovación literaria que inició Rubén Darío en el mundo español, ha sido dicho ya por críticos famosos de aquí y de otras partes. Además, el examen de su producción artística, rebasaría los límites de un simple artículo de revista. Por eso voy a referirme únicamente al hombre, a la personalidad íntima de Valencia, a quien me une, hace ya muchos años, una afectuosa camaradería. Tal circunstancia me capacita para hablar de él y de su vida, a la cual me he visto mezclado en muchas ocasiones.

Asegura un escritor que no existe hombre grande para quien lo contempla en la intimidad de su existencia. Con el poeta de *Ritos* ocurre lo contrario. Mientras más se le trata, más vivos son el afecto y la admiración que inspira. Y es porque Valencia no sólo ha puesto belleza en su obra. Hala puesto también en su vida de gran señor, amante del regalo y el lujo. Su casa de Popayán es una residencia principesca, donde hay siempre hospitalidad munífica y mesa franca para los amigos de elección. Todo allí está dispuesto para la existencia holgada y opulenta, indispensable al creador de belleza. La biblioteca, donde se pasean las sombras de las Musas, contiene más de dos mil volúmenes, entre los cuales abundan las obras de ciencia y filosofía. Muchos de aquellos libros, sobre todo los de arte y literatura, tienen preciosos autógrafos. Yo recuerdo haber hallado, un día en que visitaba la vasta bibliópolis, un ejemplar de lujo de la *Salomé*, de Wilde, con una cariñosa dedicatoria del autor para el poeta colombiano.

No se vaya a creer, por lo expuesto, que Valencia es exclusivamente un hombre de abstracción y de ensueño que sólo se halla a gusto en la penumbra discreta de su gabinete de trabajo. En su personalidad, facetada y compleja, coexisten el artista laborioso y el hombre para quien la vida es «acto militar o de guerra», como decía el Marqués de Santillana. Hay en él un ardiente foco de dinamismo y un instinto batallador que le han hecho buscar las acres luchas políticas, el roce eléctrico de las muchedumbres enardecidas. Sin duda por eso sus dos héroes predilectos de la historia son Julio César y Napoleón.

Lo mismo que en la actividad intelectual, complácese en la actividad física. La caza, sobre todo, le embriaga, quizás por ser imagen de la guerra. Jinete admirable y tirador consumado, sus proezas cinegéticas son incontables. Las montañas de *Calaguala* y *Paletará*, distantes a unas pocas leguas de Popayán y pobladas de dantas y de osos, lo ven continuamente escalar sus riscos, seguido de numerosa jauría. Nada le deleita tanto como un arma fina, un corcel de bella estampa o un *Pointer* de pura raza. En todas las memorias está el hermoso canto en tercia rima que consagróle a la muerte de *Selva*, una perra de afelpadas orejas y jarretes incansables que lo acompañaba en sus partidas de caza. Es de sentirse que esta composición no se halle en ninguno de los libros del poeta.

Uno de los aspectos más interesantes de la personalidad del autor de *Ritos* es su ingenio de *causeur*. Su conversación, en la intimidad, es algo que seduce y deslumbra. La apreciación fina y penetrante se baraja en ella con la paradoja sutil y la agudeza maliciosa. Cualquier tópico que toque, ya se trate de matemáticas o filosofía, medicina o jurisprudencia, tiene en



GUILLERMO VALENCIA

Valencia el comentador más fino y erudito. Cierta noche, en un grado, dejó boquiabiertos a nuestros galenos de más fama, con una disertación acerca de no sé qué punto abstruso de patología mental. Pero lo que en él subyuga más no es la cultura solidísima, sino la fluidez del discurso, el don de hallar imágenes exactas y pintorescas para expresar sus ideas. Bástanle a veces una palabra, una frase brev espara caracterizar un hombre, una situación. Y como a estas cualidades se agrega una agudísima percepción del ridículo, su palabra resulta una temible arma de combate. He aquí, a ese respecto, dos anécdotas curiosas:

Corría el año de gracia, o mejor dicho, desgracia, de 1903. Estábamos en vísperas de la secesión de Panamá. El señor Caro tronaba en el Senado contra el Tratado Herrán-Hay, y, naturalmente, contra el Gobierno de Marroquín. El poeta, entonces muy joven, tuvo el valor de enfrentársele al viejo púgil, y defendió, en candentes discursos, el régimen imperante, con lo cual dio lado para que se le dirigiesen rudos ataques por la prensa oposicionista. Uno de los artículos publicados contra Valencia indignó a todo el mundo por su ruindad y villanía. Firmábalo «Un caucano», y su autor era cierto usurero famoso en Bogotá por la astucia y trapacería con que supo despojar de su haber a los infelices que caían en sus redes. Por toda contestación al infame panfleto, el poeta hizo publicar un suelto anónimo en que se leía lo siguiente: «La firma de *Un caucano*, puesta al pie de cierto artículo contra Guillermo Valencia, nos hace recordar una anécdota que viene aquí como anillo al dedo. Cierto día en que el Virrey La Zerda estaba en manos de su peluquero, éste, que era cazurro y charlatán, como todos los hombres de su oficio, díjole a su cliente:—Ha de saber Su Excelencia que yo debo de ser algo pariente de él, porque también llevo el apellido de La Zerda. A lo cual replicóle el Virrey con socarronería:—No sabes. infeliz, que hay cerda del cuello y cerda de la cola?»

Esta anécdota, tan oportunamente traída, le quitó al panfletista las ganas de seguir atacando a Valencia.

En otra ocasión, a tiempo que éste defendía en el Senado de la República los fueros de la religión y la moral, cierto periodista malicioso, pero casado con una dama algo loca de su cuerpo, publicó en su hoja la versión hecha por el poeta de la *Pamphila*, de D'Annunzio, fingiendo asombrarse de que un hijo fiel de la Iglesia se complaciese en trasladar a nuestra lengua poesías tan inverecundas como la publicada. Valencia recibió el golpe sin pestañear. Pero les hizo notar a sus amigos que él había hecho tal traducción, no para darla a las letras de molde, sino para conservarla en su cartera y recitarla a los amigos de confianza, capaces de ver solamente en ella una obra de belleza. «Todos—decía con frase admirable refiriéndose a este asunto—todos vamos desnudos debajo de nuestra ropa». Y agregó aludiendo al periodista que había hecho la publicación de la poesía nombrada:—«Lo malo no es traducir a Pamphila sino casarse con ella».

La manera como Valencia trabaja sus versos es digna de observación. Flaubert decía que sus más bellas páginas las había escrito acostado, y Nietzsche aseguraba que el andar favarece en alto grado la inspiración del artista. Valencia emplea una y otra manera, si bien nunca, o casi nunca escribe por su propia mano. Acostado en su lecho o paseándose por la estancia, díctale a un secretario sus prosas rotundas o sus estrofas armoniosas. Esto de que el poeta payanés dicte sus versos puede parecer extraño, pero así es, sin embargo. En él, la elaboración del pensamiento y de la frase bella es maravillosamente rápida. Todos sus versos, aun aquellos que por su perfección parnasiana parecen fruto de una larga y benedictina labor de orfebre, han brotado de su mente hechos ya, en un instante de inspiración. Valencia no es de esos artistas que, siguiendo el consejo de Boileau, se eternizan cincelando y limando sus creaciones. Byron le escribía a su editor: «Me pasa con los versos lo que el tigre que asecha su presa: si no la pueda asir del primer zarpazo, retrocede a su cubil, rugiendo». Lo mismo podría decir el portalira de *Ritos*. Uno de sus poemas de más aliento, *Anarkos*, fué compuesto en tres días de labor a cada instante interrumpida. *La Parábola del Monte* me lo dictó a mí en una o dos horas. Y lo mismo ocurrió con la versión que hizo de la poesía *Manos*, de D'Annunzio.

Tales son, expuestos a grandes rasgos, algunos, de los aspectos más interesantes de la personalidad de Valencia. Y aún tiene otros muchos más que sería curioso estudiar. Acaso algún día, con más tiempo y espacio, habré yo de intentar esta tarea. Puede, por eso, acusárseme de indiscreto. ¿Pero la indiscreción no es quizás, para nosotros los periodistas, un deber profesional?

EDUARDO CASTILLO.

Fragmentos

[*Del poema dramático de Alfonso Reyes*, Ifigenia Cruel, *que está pronto a publicarse en Madrid*].

LA AFICIÓN DE GRECIA

(Fragmento del comentario que sigue al poema).

POR el año de 1908 estudiaba yo las *Electras* del teatro ateniense. Era la edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos, para siempre, las lágrimas secas en las mejillas. Por ventura el estudio de Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma, y ayudaba a pasar la crisis. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad. Aquellos libros, testigos y cómplices de nuestras caricias y violencias, íbanse tornando confidentes y consejeros. Los coros de la tragedia griega predican la sumisión a los dioses, y ésta es la única y definitiva lección ética que se extrae del teatro antiguo. Hay quien ha podido aprovechar su consejo.

La literatura, pues, se salía de los libros y, nutriendo la vida, cumplía sus verdaderos fines. Y se operaba un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fácil fuera haber naufragado en el vórtice de la primera juventud.

Ignoro si éste es el recto sentido del humanismo. Mi *Religio Grammatici* parecerá a muchos demasiado sentimental.

Tenemos derecho—una vez que por cualquier camino alcancemos la posesión de un módulo—para manejarlo a nuestra guisa. Sucede en esto lo que con el libro de cabecera: es tan nuestro, que rueda por las sillas y por las mesas, le anochece en el velador y le amanece a los pies de la cama. Al libro predilecto lo tratamos—en nuestro fuero interno—con todas las veleidades de la sinceridad; reñimos con él, le exigimos más que a ninguno. Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso; más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra. Entonces, ya era dable arriesgarse a sus asuntos sin tono arcaizante, y aún sin buscar compromisos líricos—dannunzianos—entre la antiguo y lo moderno. Esto con ser más sincero, es, a la postre, más valiente; exhibición no disfrazada de nuestras ininteligencias o aciertos, nos vende, nos entrega; si la obra emprendida fracasa, no podemos recuperarnos. Somos uno con ella: no es Grecia, es nuestra Grecia. Tanto riesgo, solicita a todo corazón templado.

Además de que hay una Grecia cotidiana, una perspectiva de ánimo, que nos capacita para humanar hasta los mitos más rígidos y arcaicos. Los pintores supieron adorar a la Virgen María en traza de señora flamenca. La afición de Grecia es tan imperiosa o más. Helena vivió por las páginas caprichosas del *Fausto* con más verdad que aquella *Ifigenia* de Goehe.

Al tiempo de estudiar la evolución de Electra, desde Esquilo a Sófocles y a Eurípedes, íbamos divagando sobre tal o cual motivo paralelo; hoy sobre Hécuba o Casandra, y mañana sobre Ifigenia. Y estas divagaciones—entonces verdaderos reposos y bostezos de la atención—se han quedado ahí, por los cuadernos de notas, en estado de *disecti membrae*, esperando que tronara el clarín del ángel.

Antes de que mi Ifigenia pudiera alentar, había de cerrarse un ciclo de mi vida.

Invocación a Artemisa, *en boca de Ifigenia, sacerdotisa en Táuride.*

(Fragmento del poema).

IFIGENIA

Pero soy como me hiciste, Diosa,
entre las líneas iguales de tus flancos:
como plomada de albañil segura,
y como tú: como una llama fría.

Sobre el eje de tu nariz recta,
nadie vio doblarse tus cejas,
ni plegarse los rinconcillos
inexorables de tu boca,
por donde huye un grito inacabable,
penetrado ya de silencio.

¿Quién acariciaría tu cuello,
demasiado robusto para asido en las manos;
superior a ese hueco mezquino de la palma
que es la medida del humano apetito?

¿Y para quién habías de desatar la equis
de tus brazos cintos y untados
como atroces ligas al tronco,
por entre los cuales puntean
los cuernecillos numerosos
de tu busto de hembra de cría?

¿Quién vio temblar nunca en tu vientre
el lucero azul de tu ombligo?
¿Quién vislumbró la boca hermética
de tus dos piernas verticales?

En torno a ti danzan los astros.
¡Ay del mundo si flaquearas, Diosa!

Y al cabo, lo que en ti más venero:
los pies donde recibes la ofrenda
y donde tuve yo regazo y cuna;
los haces de dedos en compás
donde puede ampararse un hombre adulto;
las raíces por donde sorbes
las cubas rojas del sacrificio, a cada luna.

Otro fragmento del poema:

La captura de los náufragos *que han de ser sacrificados, relatada a Artemisa por un Pastor tauro.*

PASTOR

Ibamos a bañar los bueyes en la cueva
que sirve de refugio al pescador de púrpura,
porque el toro, señora, vuelve al mar como el río,
para cobrar allí sangre, valor y brío.

Muge el novillo; late el can. Es hora
en que la última tarde se dora,
y el mar se deja sondear el pecho
por un haz de espadas de plata.

Hiere la luz, pero no alumbra;
y sorda sensación de una presencia humana
nos cohibe de pronto, al saludar las cuevas.

Sobrecogido retrocedo entonces,
de puntillas y haciendo la señal del silencio,
de miedo que algún dios desconocido
habite el mar que bate las Simplégadas,
hijo de la marina Leucotea,
Palemo—o algún otro poeta de las aguas.

Y es verdad; que, al rumor que alzamos,
salta, en figura de doncel armado,
y, echando espumarajos por la boco,
a tajos y a mordiscos cae sobre las reses,

gritando: «¡Oh Furias, oh Dragón,
oh mala hembra que muerta me persigues,
oh vergüenza de Micenas de oro,
oh baño ensangrentado en sangre del esposo!»

El otro—Pílades—en vano le sujeta,
como a demente que mira sólo el fuego
profundo de su alma, y finge formas,
y torna objetos, y cambia el sueño de los ojos
por el sueño de su corazón.

Y, sea que el instinto nos avise
que bajo su locura humana alienta un dios,
o que las armas vibren respetos en su mano,
huímos, como huían los ganados,
para sólo volver y dar sobre el intruso
cuando el otro lo tiene ya sujeto.

Y es fuerza que les valga algún conjuro,
o que vengan ungidos de aceites prestigiosos,
para que no perezcan en los nudos
de brazos de pastores y gente campesina
que se junta al tumulto.

Gracias que estamos ilesos unos y otros,
y que tu sacrificio, Madre, será perfecto.

NOTICIA.—Querido J. García Monge: ¿Le interesan a Ud. estas primicias para el Repertorio? *Suyo,* ALFONSO REYES.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

El compadre de Ausencia

Sobre el cadmio del cielo se diluía un verde malva que flotaba en la atmósfera e iba de las arboledas, montes y prados; en la garganta de los cerros, pedazos de neblina marchaban en vilo rozando las ramas con lentitud solemne, casi en éxtasis. De no lejos, llegaba un eco de campanas. Aquí y allá, grupos de rebaños triscaban, mientras los pastores echados de bruces en la apretada hierba, parecían arrobarse en la quietud.

Aisladas, solas, una que otra cabaña labriega dejaba perfilar su tejado, de donde partía a veces un hilillo de humo. Escuchábase el ladrar opaco de algún perro, y en los caminos vecinales, los rancheros en semitono modulaban cantares cloróticos.

Cinco de la tarde

En la casa de Ausencia hacíase la provisión diaria de agua. Ella bajó a llevarla del río, donde él estaba sentado a la orilla, esperando que bebieran los bueyes de su yunta.

Había pasado la moza de los veinte abriles entrando en unos veinticinco otoños muy tentadores.

Al verla, acercósele el gañán.

—Compadre —habló la aldeana—, tanto bueno por aquí... yo me pensaba que su mercé andaba pal Jaral; decían que... que... pos que, aqueos se habían juido pa la hacienda de Don Cristóbal.

—Se afigura asté, comadre —contestóle él— que un hombre honrao se desgracie por una... con licencia de asté, pero... por una... pa qué le digo el fin? Ta bueno que si me queren robar la mujer ques mía, popia de mi propiedá, la mujer ques mía por el jusgao y por la iglesia, yo me haga creminal matando al jijo del fregao que me hiciera eso, pero cuando esa juera güena, honradota y cabal... pero... por esa...

—¡Ay! compadre... mire asté, pos decían que sumercé los iba siguiendo... Hasta le tengo ofrecida a Nuestra Señora de Gualupe una manda, con tal enque asté saliera con bien de la cosa... porque yo mi dije: pos como el otro está juerte, muchacho y adicen que no le tiene mieo ni al mesmísimo diablo... pos quién sabe... pue'ser que lo hubiera tumbao asté...

—No, comadre Ausencia... no es el mieo. Aquí onde me devisa con estas barbas onde ya hay pelos blancos y con este cuerpo que empieza a encorvarse por los cuarenta... pos le digo que tiro un güey... cuantimás a ese desgraciao, pero... a luego, qué me resultaría?... Ir a la cárcel, revolverme con todos aqueos creminales, dejar a mis hijos solos en el Jacal... ¡solos, comadre!... y pudrirme allá... mientras los probes chamacos se morían de hambre... Me comprende? Ya que la madre les salió tan perra y se jaló dejándolos a la mercé de los cuatro vientos, no se dirá que yo... juí de la mesma...

La muchacha observaba los ojos del compadre que iban nublándose por las lágrimas, y como acabara de llenar su cántaro, lo puso en el hombro ayudada de la mano recia del hombre —que decía bien— no le temblaba y estaba aún con los vigores de la juventud.

Seguía cayendo la tarde

Juan Simón—este era el nombre del compadre de Ausencia— viendo los preparativos de marcha de su comadre, arrió también su yunta y fué escoltándola y haciéndole por el camino confidencias sobre su amargura y buena fe burlada.

Esbozaba la tristeza de su jacal tan frío y tan solo; hacía resaltar la doliente orfandad de sus mocosillos que sin cumplir diez años, ya sabían de dolores y lágrimas.

Ausencia entendía... bien que entendía!...

Después de todo, qué? Muerta su madre, qué le restaba?...

Iban llegando; la puerta de trancas estaba ya a la vista. Juan Simón cogió el rebozo de la comadre—madrina del más pequeño de los chicos, y jugando con sus puntas le espetó la declaración:

—Comadre... por qué no? Asté sola... yo solo... véngase con nosotros... ahí hace falta la mano de una mujer...

No pronunció palabra Ausencia, pero la sonrisa de sus labios carnosos y la mirada fuerte de sus ojos, hicieron al ranchero arriar la yunta con más bríos.

Mientras, ella quedó tras la empalizada, con el cántaro al hombro, observando al grupo que se perdía...

En el ambiente pareció flotar un anhelo de ilusión...

Alfonso Fabila

Altamirano, 107. México, D. F., México.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.
MEDICO CIRUJANO
Teléfono 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Doctor ODIO DE GRANDA
MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Teléfono Nº 899 — Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.
25 varas al NO. de la Artillería.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA
De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO
Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.
Teléfono número 1443

El mejor TALCO
Delicioso perfume Antiséptico
Uselo usted

Pídalo en todas las BOTICAS

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica